

Julio Verne



La jangada

Una familia viaja en un fabuloso vehículo, "La jangada", por todo el río Amazonas. En el trayecto, el patriarca es amenazado por un hombre con descubrir su secreto si no le da a su hija en matrimonio. Lo único que podrá salvar a su hija y posteriormente su vida será un acertijo indescifrable.

Primera parte



Capítulo I

Un capitán de los bosques

Chny is g e g g p d z x q x e h ñ u q g p g c h n
 q y e l e o c r u h x b f i d x h u m ñ d y r f i l l r x v q o
 e d h r u y v h c h v e t l l x e e c r f n g r o b p b g r ñ i
 u l h r g r l l d q r j i e h ñ z g m ñ x c h b f t t g c h h o
 i s r h h ñ m l l r l r e m f p y r u b f l q x g d t h l l v o t
 f v m y c r e d g r u z b l q l l x y u d p h o z f f s p f i ñ
 d h r c q v h v x g d p v s b g o n l x h t f e n c h h ñ u
 l l h e g p c h t n e d f q j p l l v v x b f l l r o c h f n h l
 u z s l y r f m b o e p v m ñ r c r u t l l r u y g o p c h l l
 u ñ t d r q o k o f u n d f i s r q r ñ g s h s u v i h d

El documento en el que aparecía escrito el extravagante conjunto de letras que acabamos de copiar, estaba en manos de un hombre que, tras leerlo por segunda vez con mucha atención, permaneció algunos instantes pensativo.

Unas cien líneas de letras sin división de palabras, figuraban escritas en el documento que, al parecer, debía haber sido hecho bastantes años atrás ya que sobre la hoja de papel grueso que cubrían aquellos jeroglíficos, el tiempo había impreso su tinte amarillento.

Pero ¿bajo qué clave se habían escrito aquellas letras? Sólo aquel hombre podía decirlo. En efecto, los escritos cifrados vienen a ser como las cerraduras de las grandes cajas modernas y se defienden de la misma manera. Las combinaciones que pueden formarse son incontables y la vida

de un calculista no bastaría para enumerarlas todas. Es precisa la clave para abrir la caja de seguridad, como es necesario saber la cifra para leer un criptograma de aquel género. Más adelante veremos cómo resiste a las más ingeniosas tentativas y esto en momentos de la mayor gravedad.

El hombre que acababa de leer aquel documento era un simple *capitán del bosque*. El título de *capitães do mato* se daba en Brasil a los agentes empleados en la busca de negros cimarrones^[1].

La institución databa del año 1722, época en que las ideas anti-esclavistas sólo existían en el espíritu de algunos filántropos. Más de un siglo debía pasar aún antes que fueran admitidas y aplicadas por los pueblos civilizados, pese a que el ser libre y pertenecerse es un derecho, el primero de los derechos naturales para el hombre. Miles de años han transcurrido antes que el generoso pensamiento haya sido proclamado por algunas naciones.

En 1852, año en que va a desarrollarse esta historia, existían todavía esclavos en Brasil y por consiguiente, *capitanes del bosque* dedicados a cazarles. Aun cuando ciertas razones de economía política habían retardado la hora de la emancipación general, el negro tenía ya el derecho de rescatarse y los hijos que tenía nacían libres. No estaba muy lejano el día en que en aquel magnífico país, en el cual caben las tres cuartas partes de Europa, no se había de contar un solo esclavo entre sus diez millones de habitantes.

Ya antes se advertía que en breve plazo, el cargo de *capitán del bosque* estaba llamado a desaparecer y los beneficios producidos por la captura de los fugitivos habían disminuido considerablemente. Muy distinto, pues, del largo período en que fueron bastante considerables los productos del oficio; entonces los *capitanes del bosque* constituían un mundo de aventureros, formado ordinariamente de manumisos y desertores mercedores todos de poca estimación.

En efecto, los tales cazadores de esclavos sólo pertenecían a la hez de la sociedad y con seguridad que el hombre del documento que hemos presentado, no desmerecía la poco recomendable milicia de los *capitães do mato*.

Torres se llamaba el hombre y no era mestizo, ni indio, ni negro, como la mayor parte de sus compañeros. Se trataba de un blanco de origen brasileño y que había recibido algo más de instrucción que la necesaria para su situación actual. En realidad, parecía ser uno de esos hombres, venidos a menos, que tanto abundan en el Nuevo Mundo, sobre todo en una época en que la ley brasileña excluía todavía de ciertos empleos a los mulatos y otros individuos de sangre mezclada; a pesar de que si esta exclusión le alcanzaba, no debía atribuirse a su origen, sino a su contextura moral.

En aquellos momentos Torres se hallaba fuera de Brasil. Había pasado hacía poco la frontera y desde hacía algunos días andaba vagando por los bosques de Perú, a través de los cuales deslizase el curso del Alto Amazonas.

Torres era un hombre de unos treinta años. Bien constituido, de temperamento excepcional y salud de hierro, no parecía haber hecho mella en su organismo la fatiga de una existencia harto problemática.

Era de mediana estatura, ancho de hombros, de facciones regulares, tostadas por el aire abrasador de los trópicos y su paso era rápido, seguro. Usaba una espesa barba negra y sus ojos ocultos bajo las cejas que se juntaban, lanzaban esa mirada viva, pero dura, de las naturalezas imprudentes. Era evidente que allí donde el clima no había impreso su tinte bronceado, su rostro, en vez de sonrojarse, más bien debía contraerse bajo el influjo de las malas pasiones.

Torres aparecía vestido al uso muy rudimentario de corredores de los bosques. Las prendas que llevaba demostraban tener muy largo uso. Cubría su cabeza un sombrero de fieltro de anchas alas puesto a través y un ancho panta-

lón de lana gruesa se escondía entre las cañas de unas fuertes botas, que constituían la parte más sólida de aquella vestidura. Tapándolo todo, llevaba un poncho desteñido y amarillento, que no permitía ver si usaba chaqueta o chaleco que le cubriesen el pecho.

Lo evidente era que, aun cuando Torres fuese un *capitán del bosque*, no ejercía aquel oficio, al menos en las condiciones en que se encontraba en tales momentos, por lo que tocaba a sus medios de ataque o defensa para la persecución de negros. No llevaba armas de fuego; ni fusil ni revólver. Solamente se veía en su cintura uno de esos útiles que tiene más de sable que de cuchillo de caza y a los que se les da el nombre de machete. Aparte, Torres se hallaba provisto de una *enchada*, especie de azada, que suele emplearse sobre todo para la persecución de los armadillos y agutíes que abundan en las selvas del Alto Amazonas, donde los *flavos* son por lo común escasamente temibles^[2].

De todos modos, aquel día, 4 de marzo de 1852, aquel aventurero, o se hallaba singularmente absorto en la lectura del documento que tenía ante los ojos, o, acostumbrado a recorrer los bosques de la América del Sur, le tenían sin cuidado sus esplendores. En efecto, nada podía distraerle de su lectura. Ni el grito prolongado de los monos aulladores, que Saint-Hilaire equipara justamente al ruido del hacha de leñador cuando cae sobre las ramas de los árboles; ni el seco retintín de los anillos del cóctalo, serpiente en realidad poco agresiva, pero sí extraordinariamente venenosa; ni el croar chillón del sapo cornudo, merecedor de la palma de la fealdad en el género de los batracios; ni el canto a la vez sonoro y grave de la rana bramadora, que si no puede pretender semejarse al buey por la corpulencia, le iguala al menos por el estrépito de su croar parecido a los mugidos.

Torres, repetimos, no se daba cuenta de aquellos ruidos, que son como la voz compleja de los bosques del Nuevo Mundo. Tumbado al pie de un árbol magnífico, ni se había fijado en el alto ramaje de aquel admirable *pao ferro*,

o «árbol de hierro», oscuro y descortezado, de apretada fibra y duro como el metal, de quien hacía antaño las armas y los útiles el indio salvaje. ¡No! Abstraído en su pensamiento, el capitán del bosque seguía examinando el singular documento. Con la clave que poseía, concedía a cada letra el sentido real que tenía, leyendo aquellas palabras, incomprensibles para los demás. Precisamente en aquellos momentos sonreía con expresión maligna.

Tras la sonrisa, comenzó a murmurar algunas frases, que nadie podía oír en aquel desierto lugar del bosque peruano y que, por otra parte, nadie hubiera podido comprender.

—He aquí —decía— un centenar de líneas claramente escritas y que tienen para quien yo sé una importancia indudable. Alguien que es rico. Esta es una cuestión de vida o muerte para él y en todas partes esto se paga caro.

Volvió a mirar el documento con ojos ávidos y siguió monologando:

—A un conto de reis solamente por cada una de las palabras de esta última frase, ascendería a una buena suma. ¡Y esa frase resume todo el documento! Da su verdadero nombre a los personajes... Mas antes de probar a comprenderla, será bueno contar el número de palabras que contiene.

Y diciendo esto, Torres se puso a contar mentalmente.

—Suma cincuenta y ocho palabras —exclamó luego—, lo que hará cincuenta y ocho contos. ¡Nada! ¡Qué con esto se puede vivir en Brasil, en Norteamérica y en todas partes donde se quiera y vivir sin hacer nada! ¿Y a cuánto ascendería si todas las palabras del documento me fueran pagadas a este precio? ¡Podría calcular entonces por centenares de contos...! ¡Voto a diablos! ¡Ahí tengo una fortuna que realizar, o soy el mayor de los tontos!

Y ya le parecía que sus manos tocaban la enorme suma y que empuñaba los cartuchos de monedas de oro.

Bruscamente, su pensamiento tomó un nuevo giro.

—Como sea —murmuró— ya toco el fin de este viaje, que me ha traído desde las orillas del Atlántico a las márgenes del Alto Amazonas. Lo malo es que este hombre puede haber dejado América, puede estar al otro lado de los mares y entonces, ¿cómo haré yo para encontrarle...? Pero no, él está aquí y con sólo subirme a la cima de uno de estos árboles, podré descubrir el techo de la casa donde mora con su familia.

Después, agarrando el papel y agitándolo con un gesto febril, continuó:

—¡Antes que pase mañana estaré en su presencia! Y ya sabrá que su honor y su vida están encerrados en estas líneas. Cuando quiera conocer la clave que le permita leerlas, de muy buena gana pagará esta clave, si yo quiero, con toda su fortuna, como la pagaría con toda su sangre. ¡Ah, diantre...! El compadre que me entregó este precioso documento, que me ha proporcionado el secreto, dicho dónde encontraría a su antiguo colega y el nombre bajo el que se oculta después de treinta años, no podía sospechar que labraba mi fortuna.

Torres miró por última vez el viejo papel y después de haberlo doblado cuidadosamente, lo guardó en una sólida cajita de cobre, que le servía también de portamonedas.

Advirtamos que, si toda la fortuna de Torres se hallaba contenida en aquella cajita, que era del tamaño de una tabaquera, en ningún país del mundo habría pasado por rico. Tenía en ella unas pocas de todas las monedas de oro de los Estados circunvecinos. Dos cóndores dobles de Colombia; una cantidad similar en bolívares venezolanos; doble número de soles de Perú; algunos escudos chilenos y otras pequeñas piezas; todo lo cual componía una cantidad insignificante. No obstante ello, Torres se hubiera visto muy embarazado para dar cuenta de dónde y cómo había adquirido dichas monedas.

Lo que había de cierto era que Torres, después de algunos meses de haber abandonado su oficio de *capitán del*

bosque, que ejercía en la provincia de Pará, había subido por la cuenca del río Amazonas y atravesado la frontera para entrar en el territorio peruano.

A este aventurero, por otra parte, le hacían falta muy pocas cosas para vivir.

¿Qué cosas le eran necesarias? Nada para vivienda y poco para vestirse. El bosque le facilitaba su alimento, que preparaba sin gastos, al uso de los corredores de las florestas. Le bastaban algunos *reis* para su tabaco que compraba en las Misiones o en las pequeñas aldeas, así como para el aguardiente de su calabaza. Con muy poco podía ir bastante lejos.

Cuando el papel estuvo encerrado en la cajita de metal, cuya tapa se cerraba herméticamente, Torres, en lugar de volverla a poner en el bolsillo de la chaqueta que cubría su poncho, le pareció más conveniente, por un exceso de precaución, depositarla cerca de él, en el hueco de una raíz del árbol a cuyo pie se hallaba tendido.

Esto era una imprudencia, que le iba a costar cara.

Hacía mucho calor. El tiempo era pesado. Si la iglesia de la aldea inmediata hubiese tenido reloj, hubiera dado entonces las dos de la tarde y Torres lo habría oído, merced al viento, porque sólo se encontraba a dos millas de la población, aunque, desde luego, la hora le era indiferente. Acostumbrado a guiarse por la altura, más o menos bien calculada, del sol bajo el horizonte, un aventurero no sabría llevar con exactitud militar los actos de la vida. Desayunaba o comía cuando le parecía conveniente o cuando le era posible. Dormía donde y cuando le venía el sueño. Si la mesa no estaba siempre puesta, el lecho, en cambio, en todo momento lo tenía dispuesto al pie de un árbol, en la espesa maleza y en pleno bosque. Torres no era descontentadizo en las cuestiones de comodidad. Como había caminado una gran parte de la mañana y comido un poco, la necesidad de dormir se dejaba sentir impetuosamente. Le convenían, pues, dos o tres horas de descanso que le pondrían en disposi-

ción de poder continuar su camino. Se acostó, pues, sobre la hierba lo más cómodamente que le fue posible y procuró conciliar el sueño.

Sin embargo, Torres no era de esas personas que se duermen sin algunas precauciones elementales. Tenía, en primer lugar, la costumbre de tomar algunos sorbos de licor fuerte y tras esto fumarse una pipa. El aguardiente sobreexcita el cerebro y el humo del tabaco se mezcla bien con el humo de los ensueños. Por lo menos, tal era su opinión.

Torres empezó, pues, por acercarse a sus labios una calabaza que llevaba pendiente del costado y que estaba llena de aquel licor al que se da en Perú el nombre de *chicha*, y más particularmente el de *caysuma* en el Alto Amazonas y que es el producto de una ligera destilación de la raíz de yuca dulce después que se ha producido la fermentación, al cual el *capitán del bosque*, como hombre cuyo paladar estaba bastante estragado, creía deber añadir una buena dosis de aguardiente de caña.

Cuando hubo bebido unos cuantos sorbos de aquel licor, agitó la calabaza, convenciéndose, no sin pesar, de que se hallaba casi vacía.

—Será preciso llenarla de nuevo —dijo simplemente.

Después, sacando una pipa corta de raíz, la llenó de este tabaco acre y fuerte de Brasil, que es el antiguo tabaco de hoja, introducido en Francia por Nicot, a quien debemos la vulgarización de la más productiva y más conocida de los solanáceas.

Ese tabaco no se parecía en nada al que se produce en la actualidad; pero Torres no era muy exigente sobre este punto, como tampoco sobre otros. Tras golpear el pedernal con el eslabón, inflamó un poco de esa substancia viscosa, a la que se da el nombre de *yesca de hormigas* y es segregada por ciertos himenópteros. Con la inflamada yesca encendió su pipa.



Habría dado nueve o diez chupadas, cuando sus ojos se cerraron y la pipa se escapó de sus dedos. Se había quedado dormido o, mejor dicho, sumido en una especie de sopor que no llegaba a sueño verdadero.

Capítulo II

El ladrón robado

Casi media hora hacía que dormitaba Torres, cuando bajo los árboles se percibió un rumor de pasos ligeros, como de alguien que caminase descalzo y con ciertas precauciones para no ser oído.

De haber estado despierto, el primer cuidado del aventurero habría sido ponerse en guardia contra toda visita sospechosa. Pero, como no era así, el que avanzaba pudo llegar a su lado, sin que el durmiente se pusiera en guardia.

Entonces se vio que no se trataba de un hombre, sino de un guariba.

De cuantos monos abundan en los bosques del Alto Amazonas y cuya cola tiene la propiedad de asirse a cualquier parte, el guariba es, sin duda alguna, el más original. Los sahús son de graciosas formas, los sajúes cornudos ofrecen su pelo bellamente gris y los samioles o saguinos parece que llevan una máscara sobre su rostro gesticulante. Sin embargo, lo repetimos, no hay ninguno como el guariba. De instinto sociable, poco feroz y, muy distinto en esto del mucura, fiero y asqueroso, gusta de la sociedad y anda generalmente en manadas. Su presencia se anuncia desde lejos por un concierto de voces monótonas, que recuerdan las oraciones salmodiadas de los chantres. Pero, si la Naturaleza no le ha creado perverso, no se le debe atacar sin precauciones. En todo caso, un viajero dormido no deja de hallarse bastante expuesto, cuando un guariba le sorprende en esta situación y fuera de estado de defenderse.

Este mono, que se llama también barbado en Brasil, es de gran estatura. La agilidad y la fuerza de sus miembros hacen de él un animal vigoroso, tan apto para luchar en tierra como para saltar de rama en rama hasta la cima de los gigantes de la selva.

Pero entonces éste avanzaba poco a poco y con prudencia. Miraba a todos lados y agitaba rápidamente su cola. A estos individuos de la raza símica, la Naturaleza no se ha contentado con darles cuatro manos, de donde les viene el nombre de cuadrumanos, sino que ha querido mostrarse más generosa concediéndoles verdaderamente cinco, puesto que la extremidad de su apéndice posee una gran fuerza de aprehensión.

El guariba se aproximó sin hacer ruido, blandiendo un grueso palo, que, manejado por su brazo vigoroso, podía llegar a ser un arma temible. Pasados algunos minutos desde que viera al hombre echado al pie del árbol, la inmovilidad del que dormía le alentó, sin duda, para venir a verle más de cerca. Avanzó, pues, no sin algo de vacilación y se detuvo por fin a tres pasos de él.

En su rostro barbudo apareció un gesto que descubrió sus dientes acerados, blancos como el marfil y agitó la estaca de un modo poco seguro para el *capitán del bosque*.

El contemplar a Torres no despertaba, desde luego, en el guariba, muy benévolas ideas. ¿Debía tener, pues, algunos motivos particulares para querer mal a aquella muestra de la raza humana que la casualidad le presentaba sin defensa? Tal vez. Es sabido cuánto conservan algunos animales la memoria de los malos tratos que reciben y era muy posible que aquél tuviese algún motivo de rencor contra los corredores de los bosques.

En efecto, para los indios sobre todo, el mono es una caza que llama mucho la atención, sea cualquiera la especie a que pertenezca y se les caza con todo el ardor de un Nemrod, no solamente por el placer de cazarle, sino también por el gusto de comérselo.

Pero si el guariba no parecía dispuesto a invertir esta vez los papeles ya que la Naturaleza sólo ha hecho de él un simple herbívoro; si no trataba de devorar al capitán de los bosques, por lo menos sí parecía dispuesto a destruir a uno de sus naturales enemigos.

Así, después de haberle contemplado algunos instantes, principió a dar vueltas en torno del árbol. Caminaba lentamente, conteniendo su aliento y aproximándose más y más. Su actitud era amenazadora; su fisonomía, feroz. Nada le era más fácil que matar de un solo golpe a aquel hombre inmóvil y era lo cierto que en aquel instante la vida del *capitán del bosque* pendía de un hilo.

En efecto, el guariba se había detenido por segunda vez junto al árbol, colocándose de modo que pudiera dominar la cabeza del hombre que dormía y levantó la estaca para descargar el golpe.

Pero si Torres había cometido un imprudencia ocultando en el hueco de la raíz la cajita que contenía su documento y su fortuna, esta imprudencia, sin embargo, fue la que le salvó la vida.

Por las ramas se deslizó un rayo de sol que vino a herir la cajita, cuyo metal bruñido brillaba como un espejo.

El mono, con esa veleidad propia de los de su especie, inmediatamente se distrajo. Sus ideas, si es que un animal puede tenerlas, tomaron otro giro. Se agachó, cogió la cajita, retrocedió algunos pasos y levantándola hasta sus ojos la contempló con sorpresa.

Tal vez lo que le produjo más admiración fue el oír resonar las piezas de oro que contenía. Aquel sonido le encantó. Era como un chupón en manos de un niño, porque se la llevó a la boca, apretándola fuertemente con los dientes, pero sin lograr ni siquiera hacer mella en el metal.

Indudablemente, el guariba creyó encontrar en aquello alguna fruta de nueva especie. Una gran almendra brillante, con un hueso que flotaba libremente dentro de su cáscara. Mas, aunque bien pronto comprendió su error, no creyó